

literario del arte por el arte, ignorando por sistema, y a ciencia voluntaria, lo que todo escritor consciente de sus responsabilidades debe conocer, hasta donde le sea posible.

Es un deber cultivar la inclinación que en mayor o en menor grado vive en todo hombre, acerca de esa curiosidad en el análisis de lo pretérito, por mucho que desdeñen esa disciplina los iconoclastas de ahora, los apóstoles de los paradigmas científicos que miran por encima del hombro, como a cosa inútil, la razonable enseñanza de los sucesos históricos, anhelando construir con hipótesis, tal vez inexperenciales para siempre, un Universo epistemológico, donde seguramente podría alimentarse Diógenes, si alguna vez resucitara, con postulados de geometría proyectiva y anhelos espirituales de insuperables distancias cósmicas.

Es muy digna de nota, sin embargo, esa superior enseñanza, que tiende a redimirnos del posible error animal de la vida, pero no para referirla en absoluto a las posibilidades biológicas del hombre, tal como lo intentan, casi siempre de modo tácito, sus mantenedores de ahora.

Esa suerte de filosofía, menos compleja por entonces, vivía en un divorcio mayor aún con el pueblo de Atenas, que la de los sofistas y la de los socráticos, a pesar de la escasa o nula influencia de estas dos últimas.

Critias y Alcibiades, que aprendieron a razonar con Sócrates, abandonaron las enseñanzas de éste tan pronto como la ambición que los devoraba, los llevó a la cumbre de los éxitos políticos, y en lo general, cuantos salían de la Academia, de El Liceo o del Pórtico de Stoa, discípulos de una o de todas las escuelas, se apartaban bien pronto de las doctrinas aprendidas para aplicarse a conocer y a dominar las enseñanzas mundanas, la dolorosa y bestial filosofía que el hombre eleva, por sus vicios, de lo sencillo y natural, a lo superfluo y monstruoso.

En los pueblos ingenuos, de organización primitiva, donde no abunda el tipo del pensador que filosofa para obtener un mayor provecho individual en todo o por hereditaria inclinación altruísta, priva la disciplina del credo cívico que el gran conjunto impone, como razón de ser del propio Estado. La mayoría pone en esos Estados la confianza política que funda en el propio derecho interno de la Constitución nacional, y eleva a profesión de fe, a precepto de dogma, la sencilla y para ellos indiscutible virtud del patriotismo. Un pecado de lesa patria en estos países, una contravención de las reglas morales en la administración pública del Estado, será en todo momento considerado por ellos, como un vicio individual, como un acciden-

te, como un delito aislado de los muchos que un hombre puede cometer, pero nunca de ningún modo, como hecho que nace de una regla general, en la imitación de la conducta, común a todos los ciudadanos gobernantes.

Este último caso es el que se da, por antítesis, en los pueblos donde el egoísmo individualista impera hasta la atomización. Rotos los vínculos, viven, moralmente al menos, en el aislamiento feroz del hombre de las cavernas, en las edades primitivas. No los une la fe agresiva y constructora del nexo religioso o del nexo cívico. Nada los ata al sentimiento de la patria y de la colectividad constituida en Estado, sino la necesidad que tienen de vivir, acá o allá, socialmente, y es indudable que están llamados a caer bajo el dominio de los países que se desenvuelven dentro del sistema constructivo y expansionista de su fe cívica, porque el concepto de la patria, nace y vive, virtualmente, de ese arcaico y sencillo credo, ajeno a toda filosofía y a toda especulación.

En ambiente como éste, en el de la demagogia todopoderosa y desbordada, era donde se movía Diógenes, y de la observación de las costumbres de su época, de las que eran él y su maestro Antístenes, viva, dolorosa y cruda protesta, nació aquella filosofía maldiciente, mendicante, renunciadora; más que monástica, eremita, implacable, vengativa, rayana en la demencia reivindicadora de la virtud.

Era en las postrimerías de la quiebra definitiva del sistema democrático; era sólo unos años antes de aquel en que Demetrio Poliorcetes acusaba a Grecia de no mantener sobre toda su extensión territorial a un solo hombre digno; era la hora clamorosa del éxito de la canalla triunfante que pedía a gritos el látigo y la cadena del amo sobrio, tenaz, patriota, conquistador, duro e inexorable en la lucha, dominador y

valeroso; era, en fin, la época decadente que anunciaba a los griegos el asalto amenazador de las águilas romanas, que ya ensayaban el vuelo trepidante de sus conquistas sobre las llanuras y sobre las cimas nevadas del Lacio, para caer bien pronto, como desatada tempestad, sobre los rebafios cobardes de la democracia griega.

Poca o ninguna parte traían a este desconcierto de Atenas, sin embargo, las filosofías imperantes, ni siquiera el mismo desorden interior del régimen demagógico. Todo estribaba por entonces, como estriba ahora, en la falta de credo cívico, o en detalles de mera organización, debidos, generalmente, a la tenacidad, a la inteligencia y a la virtud de los caudillos que logran imponerse, cuando falta esa fe.

En el Estado antiguo, la ciudad de presa más acometedora, más audaz, más populosa, más rica y mejor regimientada, resolvía el secreto de los éxitos en los asedios y en las batallas campales.

Roma bajo Pompeyo, en un absoluto dominio de la plebe crédula e iletrada, triunfaba en todas partes, porque disponía de la fuerza de cohesión de su pueblo y del oro suficiente para mantener a numerosos estipendiarios y para sobornar a sus enemigos.

El sino de la Historia sobre el que novísimos especuladores del absurdo quieren establecer hoy una derivación trascendental, indefectible, del producirse en los hechos, significando que todo pueblo pasa, de modo invariable, del estado de cultura intensamente religioso al estado de civilización absolutamente ateo, no ha radicado nunca, esencialmente, sino en la fe cívica y en el poder del oro que gana las voluntades y abre las puertas de las murallas, por la traición y por el soborno.

La venalidad del ciudadano antiguo

EL MEJOR TALCO

Delicioso perfume
Antiséptico
Uselo usted

PIDALO
en todas las BOTICAS

